



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

“CEDANT ARMA TOGAE”

*Democracia en lo social y en lo económico, por
Manuel Gómez Morin.*

*El texto único y obligatorio, por Adolfo Christlieb
Ibarrola.*

INTRODUCCION

En el discurso inaugural de la Asamblea Constitutiva de Acción Nacional, Manuel Gómez Morín se refirió a los motivos que habían llevado a los jóvenes asistentes a concurrir a la fundación de su partido político. Un sustantivo adjetival, verdadera calificación de un estado de ánimo, empleó Gómez Morín al referirse a los móviles individuales que eran los de una generación: la repugnancia. Acaso de ninguna otra manera pudiera expresarse la actitud moral de quienes se oponían a la Revolución en 1939. México era, para aquellos jóvenes, un país extraviado; prisionero, como en 1917, de un gobierno sin escrúpulos; nacido de un acto espurio, de la desidia de los electores, de la renuncia a ejercer un derecho constitucional, de la confabulación de los perversos. Un sentimiento próximo a la náusea —la generación que Sartre describiera en *La Edad de la Razón* y que lo mismo podría llevar a *Acción Francesa* que al partido comunista—, era el síntoma de su oposición a las instituciones. En 1941 Gómez Morín, en su informe anual, haría un examen más lúcido —quizá el mejor escrito de todos sus discursos— de las condiciones nacionales, desde el punto de vista de un discípulo moderno de Lucas Alamán. El programa conservador, para un mundo en el que el fascismo había obtenido significativas victorias, debía aplicarse para salvar al país del socialismo y la anarquía. El lenguaje que empleaba el dirigente de Acción Nacional era distinto a la confusa disertación y al odio de otros grupos reaccionarios de aquel entonces, sólo en la forma; el fondo era idéntico porque semejantes eran sus móviles: oposición a la reforma agraria, a la nacionalización, a la política internacional —sobre todo la aplicada ante la agresión sufrida por el pueblo español—, a la fundación de empresas estatales y a la educación popular. Las críticas a las

deficiencias inevitables, a los errores habituales en todo gobierno, se traducían en juicios de valor y argumentos ideológicos. No había doctrina política, sino cláusulas y temas surgidos de la oposición a un programa revolucionario y a la aplicación, no audaz sino comedida, de la Constitución de la República. A todo ello se le revestía de clericalismo; es decir, de cristianismo político. El clericalismo, como lo ha expresado François Mauriac, es la utilización de la fe cristiana para determinados fines de dominación temporal. Es el peligro que amenaza no sólo a todas las religiones, sino a todas las ideologías. La historia del antiguo partido conservador, volvía a repetirse en Acción Nacional; tentativa de elaborar una doctrina política que satisficiera el temor de los propietarios a verse desposeídos, y que agrupara a "la pobre gente que creía rescatar el santo sepulcro" y, sin saberlo, "servir a las ambiciones de sus señores". En cada informe anual de Manuel Gómez Morín, puede advertirse el penoso proceso de hacer un programa a expensas de los errores del gobierno. A falta de doctrina se ha obtenido un gran catálogo, singular por su monotonía, que repite: fraude electoral, enriquecimiento ilícito, ruptura del orden constitucional, agravio a la dignidad humana, ignorancia, monopolio burocrático, etc. En 1962, cambia el lenguaje de Gómez Morín. Abandona los viejos temas, el camino varias veces recorrido y acomete, con sobriedad, el problema de definir la posición de su partido ante un mundo que, obviamente, es distinto. Las preguntas que se hace, las refiere a la posible norma política de cuya elección dependa el máximo aprovechamiento de la ciencia y la técnica para resolver los problemas del país. Son preguntas comunes aunque no frecuentes. No obstante, en el panorama descrito incurre en la antigua posición: quebrantar el monopolio político, sólo que ya no invoca a la mayoría enmudecida, sino a un pueblo al que es preciso ganarse, persuadiéndolo de lo que falta por hacer la Revolución sólo podrá realizarlo Acción Nacional.

El mundo, ciertamente, es diferente del de 1939. El socialismo y las democracias populares no son ni teorías ni proposiciones utópicas. Más aún, por caminos imprevistos se transforma la economía colonial de Cuba. La coexistencia pacífica no es ni alternativa ni dilema, sino la única solución. Las tesis de Juan XXIII han suavizado los argu-

mentos de algunos conservadores mexicanos. Si la ciencia y la técnica son los medios, aunque no los fines, para transformar la realidad mexicana, únicamente la vía pacífica ganará adeptos y realizará el viejo programa de Lucas Alamán. En tal camino, en el que se advierte el difícil aprendizaje político que han recorrido los conservadores en más de un siglo, se ha abandonado la acción impetuosa, la subversión y el levantamiento armado para conquistar el poder. No porque en años anteriores hubieran proclamado la rebelión, sino porque en los planes de los opositores al proceso revolucionario no se descartó la violencia para instaurar su régimen de gobierno. En la vía pacífica tienen un papel preponderante los juristas. El alegato contra el gobierno es, principalmente, en derecho constitucional. De aquí la importancia de las argumentaciones de Christlieb Ibarrola que anuncian, en torno a los libros de texto, la posible actitud de los conservadores mexicanos. Postura respaldada en la tradición jurídica de los ministros de Victoriano Huerta.